

# El afán de Rafaela

## Versión 2

Hoy Don Vicente no chupaba su tabaco, bajo los plátanos. Había regresado la señora Isabel con unas telas a sacar buen provecho. Los de Arenys de Mar no tenían tantos repulgos con las leyendas, y menos si había beneficio de por medio. Y la señora Isabel sabía mucho, de beneficio. Con tres jubiladas, tres máquinas de coser y unos buenos patrones, su pequeña producción de vestidos de verano para mujer era siempre un éxito en la zona. Mano a mano con Don Vicente, Toño o Rafaela, había venido cientos de veces a mezclar moldes y obtener estampados “clásicos e innovadores” al gusto de su clientela. ¿Y qué es de su hija, señor Vicente? ¿Sigue de poetisa de los bosques? Pues mire usted que sí, cuando puede, la pobre. Y hablando ahí está, que oigo su coche.

Rafaela asoma la cabeza, repeinada con una mano lamida que alinea cabellos discordantes.

- Isabel, iba a hacerte la muestra esta tarde, ¿va bien no?
- Ya me lo harás, no vengo por eso, aunque un par de días más y será obligado un descuento, estoy en plena producción de verano.
- Descuida, sin falta la tienes, te la lleva Toño...
- He conseguido una partida de algodón peinado, no te diré cómo –se sonríe Isabel–, y quiero vuestra propuesta. ¿Recuerdas ese estampado Samarcanda que hicisteis a La Maison en Provence? Voy a lanzarlo este verano, ¿os quedasteis con los moldes, no?
- Aquí quedaron cuando cerraron, ya sé cuál dices, qué refinada. Pero recuerdo que volvió a salir la marca, podemos tener problemas... –insinúa Rafaela guiñando involuntariamente los ojos.
- Qué problemas. He pensado que con los topos maxi que ahora están de moda, los que usasteis para Flo, será insuperable. Aunque si estuviera Manuel... Quiero propuesta y presupuesto esta tarde, aprovechando el viaje de Toño. Y colores claros, mínimo costo.
- Pues luego me acerco.

No bien Isabel dejó el umbral de la fábrica el rostro de Don Vicente evidenció todo su enojo. Que me mienten de nuevo a Manuel y la emprendo a bastonazos, como si no fuéramos tú y yo buenos para el negocio. No se irrite, padre, son cosas de la Isabel. Acompañeme a casa que tengo a todos sin comer, hágame el favor.

Pero Anaïs y Luna ya se han ido al colegio y Enric retira las rebañaduras de los bocatas de fuet con que se han alimentado. Aún quedan tomates en el huerto, los traje ayer padre, y yo he comprado pan al venir, se lamenta Rafaela. Pues será la cena, otorga Enric con su sentido práctico mientras da un beso a Rafaela y se despide.

Quedan padre e hija, sentados a la mesa de mármol de la cocina, junto a los viejos fogones que Rafaela ni ve y Don Vicente conserva.

- Suerte de la Isabel, padre, es de los pocos clientes que nos quedan.
- Ya vendrán otros, cuando no vendan la chapucería que les hacen los orientales.
- Ni yo compro ya calidad –admite amarga Rafaela.

- Llevamos en esto 37 años, hija, seguiremos adelante.
- En eso estamos. Sólo que ya no vale lo de siempre. Me lo ha dicho hoy el Sebastián, aunque no sea nada nuevo. Me ha ofrecido ayuda, padre, ir a un centro de Mataró. ¿Usted qué piensa?
- Que tienes 40 años y yo 76. Mucho rusco hay aquí todavía.
- Por nosotros quizá. Pero los clientes suspenden pagos, los proveedores no se ponen al teléfono, las máquinas están más paradas que en forma. Y nos comimos el dinero que ganamos en los años buenos.
- Cosas peores hemos aguantado.
- Aguantamos porque éramos una familia. Ahora ya ni eso.